

Con Alfonso Reyes, después de once años de ausencia

La noche.—Cruzamos—Eduardo Villaseñor y yo—de una estación a otra. Desde el fondo del automóvil, la noche se nos aparecía como todas las de nuestro Valle: ciudad diáfana; torres aéreas sobre el cielo sin nubes.

Esperamos, a un lado. Vanamente pretendían algunos adelantar los horarios. Otros escrutaban más allá de la sombra, para ver antes que nadie la luz que se adelantaba. Alfonso Reyes apareció en la puerta del carro, sonriente. Se detuvo un momento, para que una placa guardase, casi para la eternidad, su actitud de viajero.

Es de pequeña estatura, móvil, alegre; según su propia expresión, «un poco ardilla». Lo rodearon. Imposible decirle en medio de los ministros, de los escritores, de los diplomáticos, de los familiares; es decir, repetirle el epígrafe de «Visión de Anáhuac»: *Viajero, has llegado a la región más transparente del aire.*

De la noche, persistió en nosotros, sin conocerle de antes, la alegría de los que lo tenían de nuevo con ellos. También las palabras jubilosas de las bellas muchachas. Está—al estar con ellos—un poco con nosotros. Debemos sentirnos felices. Al amanecer lo despertarán—como en otros días—las campanas de su juventud preparatoriana.

La tarde.—Habla como en una oscilación de las palabras, para decidirse por una: la esencial, la justa. No desborda, porque, como luego había de decirme, «la emoción es algo sagrado que se saluda de lejos, que sólo debe iniciarse en un leve palpitar del corazón». Escuchando, parece que se atiende a sí mismo. Oyéndolo, recuerda que Pedro Henríquez Ureña lo hacía leer a las cinco de la mañana el Pérez de Oliva—así lo cuentan;—y las discusiones y las conferencias, y los estudios clásicos.

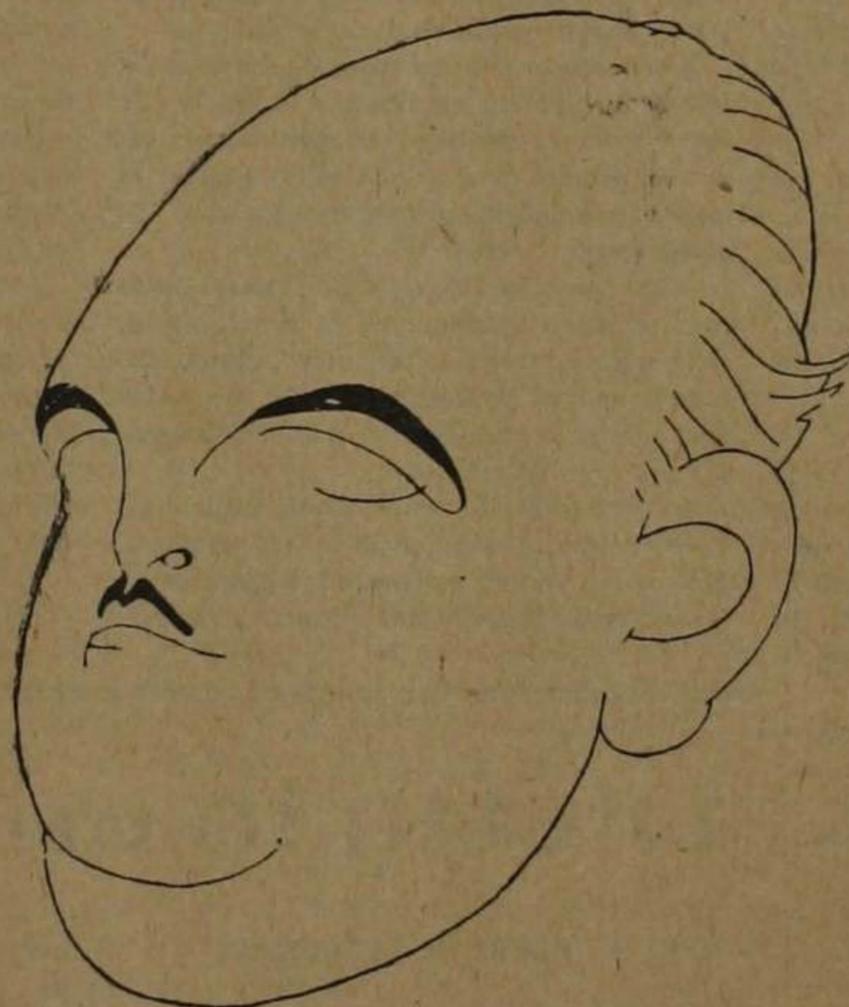
Frente a la tarde, habla:

—¿Y qué querían que yo hiciera, abandonado en París, con una mujer e hijo? La única solución era el trabajar en Madrid, porque ni siquiera podía alistarme de soldado: si fuese solo, bien; pero somos tres. La prensa española me acogió magníficamente, y de mi labor en ella he vivido años enteros. A los que no me conocieron, a los que dudan de mí, voy a demostrarles que soy mexicano en todos sus aspectos.

Por esos once años de ausencia se le creyó desvinculado, como si hubiese perdido lo que deja en cada espíritu un medio, una tierra. Esta tierra áspera sobre la que se levantan «los órganos» paralelos, unidos

como las cañas de una flauta, y útiles para señalar la linde: los «discos de nopal», todo lo que él boceta en una página; y que, en la lejanía, es la más pura y austera visión del Valle.

—¿No pregunta usted nada? Oh! y ¿qué quiere usted que le diga? Me siento tan dichoso del regreso a México, que pienso tener una pesadilla agradable, y temo que siguiendo al exceso de felicidad venga la desdicha. Esta idea es más que católica,



ALFONSO REYES

(Visto por GARCÍA CABRAL).

pagana, la de enojar a los dioses. Y yo me pregunto, inquieto, ¿a qué dios estaré disgustando con mi dicha?

Acciona con la pipa que le conocemos de los retratos de playa. No tiene el bigote kaiserino de las fotografías de 1917. Así, con su voz más clara, narra la despedida:

—Sería injusto negar que un medio intelectual tan intenso como el español no hubiese tenido influencia sobre mí; es más, no sería humano. Pero he conservado lo de los míos, a través de toda mi obra. No me faltaron deseos de volver, pero quise hacerlo cuando me llamasen, por sentirme más dichoso. De los amigos de allá recibí un homenaje al salir, impresionante y grato; aquí, no se ignora quiénes son mis amigos.

No logra la ceniza de la tarde penetrarle por los ojos. Desde los balcones, se adivina de más allá el ondular de los árboles limitados. Y es entonces que expresa su fé y

su esperanza, porque como México vivió aislado durante cierto tiempo cree asistir a la formación del verdadero espíritu nacional.

—¿Y la literatura?

No pierde la sonrisa, la movilidad. Como la sala es corta para ir por ella, es la mirada la que va lejos:

—La encuentro con un movimiento hondo y perseverante, pero dentro de él son de temer dos cosas, que es cierto no han aparecido, pero que pueden presentarse. Una es el que se confunda la literatura nacional con la nacionalista; esto no significa que niegue el valor estético del regionalismo, pero tampoco una literatura debe encerrarse en él. Es lo otro ese cierto miedo que se nota en los jóvenes por el conocimiento de las literaturas extranjeras.

Una pausa. Le explico—a mi manera—las razones de los que rehusan el estudio de los extranjeros, presentándole ejemplos de los que se cerebralizaron hasta nulificarse para producir.

Arguye, vehemente:

—Pero es que el escritor moderno debe ser esencialmente culto, como lo son los más grandes de Europa, que tuvo el honor de conocer y tratar. El poeta tiene muy otros matices que el crítico, y lo que recibe lo transforma no en fríos comentarios, sino en obra viviente y armoniosa. D'Annunzio...

Palpitó en la luz la figura evocada del creador, del animador. Hablamos en seguida de la reacción contra los ensayistas y los críticos, y que han estimulado, aconsejando a los autores de poemas en prosa que se dediquen a la zapatería (Carlos González Peña);

y calificando despectivamente de estériles a los críticos (Salvador Díaz Mirón).

—No se extrañe—comenta, con lento ademán—Carlos es un escritor producido por el naturalismo, que sólo simpatiza con las obras totales, tal como las exige su estética. De Díaz Mirón, aparte del respeto que merece su labor poética, me atrevo a decir que no es un maestro en el sentido de que enseñe. Y para criticar a los críticos, se necesita serlo. Y como estamos dentro de un intenso movimiento, se justifica la reacción, porque antes de cada uno de ellos hay un exagerado examen de formas y de valores.

De la ciudad—toda bajo la lluvia—nos llegaban rumores apresurados, voces veladas. Preciso era decirle que este Anáhuac suyo le esperaba, sin cambiar: fielmente. Todavía—como en tiempos de Moctezuma, como en la Colonia—estamos luchando «por domeñar nuestra naturaleza brava y fogosa», que en